

40 Amaneceres, 2022

Faro Divino

Día 20. La Biblia me habla sobre la vida, muerte y resurrección de Cristo.

La vida de Cristo constituye el centro y la razón de nuestra fe, él vivió para salvarnos. Durante su ministerio le vemos desempeñando su obra salvadora. El Hijo de Dios nació en un establo, entre los animales, no en vano era el “cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29, NVI). ¡Cristo fue la salvación encarnada! Y fue “obediente hasta la muerte” (Fil. 2:8). La obediencia de Cristo durante su vida es lo que garantiza el perdón de mi desobediencia. Somos salvos por la vida de Cristo.

Las buenas nuevas son “que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Cor. 5:19). Su acto de reconciliación restaura la relación entre Dios y la raza humana. El texto señala que este proceso reconcilia a los pecadores con Dios, y no a Dios con los pecadores. La clave para llevar a los pecadores de vuelta a Dios es Jesucristo. El plan de reconciliación que Dios ha establecido es una maravilla de condescendencia divina. Dios tenía todo el derecho a dejar que la humanidad pereciera.

Cuando Dios mira al pecador creyente y penitente, no ve la desnudez o deformidad del pecado, sino el manto de justicia formado por la perfecta obediencia de Cristo a la ley. Nadie puede ser verdaderamente justo a menos que esté cubierto por este manto. A pesar de nuestra corrupción humana, cuando nos sometemos a Cristo, nuestro corazón se une con su corazón, nuestra voluntad se sumerge en la suya, nuestra mente llega a ser una con su mente, nuestros pensamientos son puestos bajo su cautividad, vivimos su vida. Estamos cubiertos con su vestidura de justicia.

La muerte de Cristo ratificó el derecho de propiedad que Dios tiene sobre la humanidad. Pablo declaró: “¿O ignoráis... que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio” (1 Cor. 6:19,20); por medio de su muerte, Cristo quebrantó el dominio del pecado, terminó con la cautividad espiritual, quitó la condenación y la maldición de la ley, e hizo que la vida eterna estuviese disponible para todos los pecadores arrepentidos.

Para que un Dios de amor mantenga su justicia y corrección moral, la muerte expiatoria de Jesucristo llegó a ser “una necesidad moral y legal”. La justicia de Dios “requiere que el pecado sea llevado a juicio. Dios, por lo tanto, debe ejecutar juicio sobre el pecado y

de este modo sobre el pecador. En esa ejecución, el Hijo de Dios tomó nuestro lugar, el lugar del pecador, en armonía con la voluntad de Dios. La expiación era necesaria, porque el hombre se hallaba bajo la justa ira de Dios. He aquí el corazón del evangelio del perdón de los pecados y el misterio de la cruz de Cristo: la perfecta justicia de Cristo satisfizo adecuadamente la justicia divina, y Dios está dispuesto a aceptar el auto sacrificio de Cristo en lugar de la muerte del hombre.

La resurrección de Cristo le dio un significado a la cruz que los acongojados discípulos no podían distinguir el viernes de la crucifixión. Su resurrección transformó a esos hombres en una fuerza poderosa que cambió la historia. La resurrección —siempre unida a la crucifixión— se convirtió en un punto central de su misión. Proclamaron al Cristo crucificado pero viviente, que había triunfado sobre las fuerzas del mal. Ese fue el fundamento del poder que acompañó al mensaje apostólico.

El ministerio actual de Cristo está arraigado en su muerte y resurrección. Si bien es cierto que el sacrificio expiatorio realizado en el Calvario fue suficiente y completo, sin la resurrección no tendríamos la seguridad de que Cristo completó con éxito su divina misión en el mundo. El hecho de que Cristo ha resucitado, confirma la realidad de la vida más allá del sepulcro, y demuestra que la promesa que Dios hace de concedernos vida eterna en Cristo es verdadera.

Reto: el amor asombroso que se revela en el ministerio divino de reconciliación por medio de Jesucristo, nos impulsa a compartir el evangelio con los demás. Hoy no pierdas la oportunidad de contarle a otro sobre las nuevas de salvación.

FARO DIVINO, gracias por mostrarme que la vida, muerte y resurrección de Cristo es para alcanzar vida eterna.